

tranquilizó dándole seguridad de que sólo se confiarían las consultas a cardenales que fueran afectos a Choiseul. En conformidad fueron elegidos Tamburini, Galli y Spinelli. El embajador rechazó a D'Elce, ya demasiado anciano y prefirió en su lugar a Landi, que era adicto a Francia. También a Passionei había que invitarle, pues a pesar de su orgullo, de su fogosidad y de la veleidad en su modo de pensar, se guiaría indudablemente por Tamburini y Spinelli y era peligroso excluirle (1). Los cardenales fueron por tanto elegidos de modo que podía decirse, como afirmaba el Papa, que habían sido nombrados por la misma corte francesa (2).

El 19 de diciembre de 1755 escribió Rouillé a Choiseul que el Papa no debía ceñirse otra vez, a la manera de Clemente IX, a la mera publicación de un breve cuya aceptación habría de ser asegurada luego mediante decisión del consejo real, sino que debía decidirse por una bula solemne, la cual, registrada en todos los Parlamentos adquiriese fuerza de ley. Además había que evitar la expresión *Motu proprio* así como presentar la bula Unigenitus como regla de fe o designarla según todo su alcance; sobre este extremo había que decir sencillamente que exigía de los creyentes respeto y obediencia. Ateniéndose al sentido de la declaración general del 2 de septiembre de 1654, debería el Papa, por fin, recomendar silencio sobre los puntos en litigio y amonestar al clero que dejaran a los confesores para el acto de la confesión el juzgar sobre la desobediencia contra la bula Unigenitus (3).

En una carta adjunta dirigida exclusivamente a Choiseul, exteriorizó el gobierno mismo su duda de que se consiguiera esto (4). Con la misma fecha remitió el rey al Papa el documento de la asamblea del clero y le aseguraba su buena voluntad para cooperar a zanjar las polémicas (5). El Papa recibió de nuevo a Choiseul con gran amabilidad. Aprobó lo que en el escrito real se decía sobre el escaso éxito de la paz clementina y leyó dos veces los párrafos referentes (6). Sin dificultad prometió una bula en la que no se ofendiera los oídos franceses con ninguna expresión de malquerencia, y estaba dispuesto a presentar la minuta al rey

- (1) Ibid., 61 s.
- (2) Heeckeren, II, 484.
- (3) Boutry, 68.
- (4) Crousaz-Crétet, 147.
- (5) Boutry, 67.
- (6) Ibid., 70.

francés. Asimismo no opuso Benedicto ninguna objeción contra el silencio impuesto sobre las cuestiones en litigio. En cuanto a los puntos restantes tuvo sus dificultades. ¿Cómo podría él eludir toda manifestación sobre el carácter de la bula Unigenitus? Todos los obispos de Francia la designaban como dogmática, y por tanto regla de fe (1). En lo que más dificultad veía el Papa era en la pretensión de que se dejase en absoluto a la decisión secreta de la confesión el juicio sobre las renitencias contra la bula Unigenitus. Tal concesión exigía reflexión, pues no había que dar motivo a otra nueva guerra. Las rebeldías públicas reclamaban satisfacción pública y quien en el lecho de muerte se manifestase contra la bula Unigenitus tenía que quedar sujeto también a públicas penas eclesiásticas. Choiseul contestó que informaría al rey (2). Después se llegó al acuerdo de que el Papa resumiera en breve escrito los puntos discutidos referentes a la bula deseada y los entregara a los seis cardenales de la comisión. Estos debían redactar sendos informes sobre el plan de la bula y los entregarían al Papa firmados y sellados sin consulta colectiva. Después Benedicto XIV redactaría por su cuenta la minuta de la bula y la enviaría al rey, al que informaría un escrito pontificio de la forma en que se había procedido (3). Benedicto envió a los seis cardenales la instancia de la asamblea del clero junto con el escrito real, las propuestas de la corte francesa y unas instrucciones trazadas por él mismo, en las que solicitaba le propusieran soluciones para poder poner fin definitivamente a la enmarañada situación francesa (4).

Los cardenales empezaron, pues, su trabajo, que avanzó lentamente. El embajador se esforzaba entre tanto por ir en las avan-

(1) Choiseul, que creía saber que Benedicto seguía en este respecto un criterio diferente, le preguntó sin ambages si él personalmente la tenía por tal. «¿Yo? No—se le escapó al Papa en la sorpresa.—Pues bien—continuó Choiseul,—el rey no quiere más que el parecer personal de V. Santidad.—En este respecto—contestó el Papa—podremos contentar al rey.» (Ibid., 71; cf. 208, y Piatti, Storia de'Pontefici XII, Venecia, 1768, 423.) Está, pues, fuera de duda que, tanto según Benedicto XIV como según los teólogos en general, la bula no es *norma de fe en sentido estricto*; por lo demás se expresó él sin ambigüedades repetidas veces sobre el valor de la misma. Véase anteriormente página 197.

(2) Boutry, 73.

(3) del 3 de enero de 1756 (ibid., 74 s.), entregada el 15 de enero (ibid., 80).

(4) Ibid., 81.



zadas y despejando de obstáculos el camino. Particularmente expresó al Papa su deseo de que no contestara algunas cartas recibidas de los prelados franceses, porque con alguna expresión impremeditada podía atarse las manos. Replicóle Benedicto que había ya escrito a los prelados franceses notificándoles que él no podía darles alguna referencia antes de estar al corriente con el rey; y por lo que se refería al memorial del arzobispo de Auch, memorial que era singularmente enojoso al embajador, le dijo que no lo había comunicado a los cardenales (1). También escribió Choiseul a París que había que restringir en cuanto fuera posible la comunicación de los obispos con el Papa; sus cartas en tonos exagerados hablaban del cisma y de la decadencia de la religión; el Papa estaba atemorizado y a la larga no podría sustraerse a este temor; y si a conocimiento de los cardenales llegaba la más pequeña señal de ello se harían interminables las negociaciones. Retenga, pues, el rey las cartas de los obispos franceses durante seis semanas, hasta que todo haya concluído felizmente (2).

Entre tanto trabajaba Choiseul por activar, apelando a todos los medios, la solución del asunto. Instó al Papa por medio de Valenti para que apremiara a los cardenales (3); visitó a éstos por separado (4), propuso en París que se contestara con la mayor urgencia el escrito pontificio, pues antes de tener la contestación no quería Benedicto XIV dar ningún paso (5). Para disponer favorablemente al Papa, propuso en París (6) que junto con la devolución de la minuta de la bula, debía enviarse también el esbozo de la declaración real que había de dar a la bula plena fuerza legal ante la ley francesa. Por fin pudo Choiseul entregar el 25 de enero la respuesta real (7), que como único medio para la paz señalaba la prescripción de un silencio general sobre los puntos en litigio (8). Nada quiso oír el Papa de aquello con que se le inducía a dar un paso que le cubriría de afrenta en la actualidad y en los siglos venideros. Choiseul creyó por cierto

(1) Boutry, 82.

(2) *Ibid.*, 83 s.

(3) *Ibid.*, 82.

(4) *Ibid.*, 87.

(5) *Ibid.*, 85, 86.

(6) el 4 de febrero de 1756, *ibid.*, 88.

(7) el 7 de febrero; v. Choiseul el 11 de febrero de 1756, *ibid.*, 89 ss.

(8) *Ibid.*, 90.

que con tales manifestaciones cesarían de hablar los obispos franceses del Papa. De nuevo se desarrolló sobre el motivo del silencio una violenta reyerta en conexión con un memorial sobre las aspiraciones francesas (1). El Papa se alarmó; dijo que no quería que su trabajo sufriera la suerte de las bulas de Clemente XI; era inaudito que un Papa tuviera que impedir a los obispos hablar de un decreto pontificio, no quería hacerse despreciable y en resumen no otorgaría su asentimiento sobre este punto. Choiseul oponía que en otros países fuera de Francia reinaba en general profundo silencio sobre la bula *Unigenitus*. Benedicto negó la paridad, contestóle que en Francia había sido exigida la bula precisamente por Luis XIV, y en otros países no era éste el caso. Choiseul persistió, a pesar de todo, en su reclamación. El rey conoce su reino y en el memorial se citan los mismos medios de paz que él puede aceptar de la corte romana. El Papa contestó con aseveraciones generales, de que nada haría sin contar con el rey y se remitió al proyecto de bula que estaba a punto de ultimar.

Las restantes reclamaciones del memorial no encontraron ninguna dificultad: se deseaba en París que el Papa no calificara la bula *Unigenitus* como sentencia sobre doctrina de la Iglesia, pues en la acepción de los obispos franceses sería considerada por esta denominación como regla de fe y se provocaría con ello la protesta de los funcionarios civiles. El último punto del memorial se refería a los adversarios de la bula. El rey, se dice, no puede ciertamente persistir en las penas eclesiásticas del foro interno impuestas por la impugnación pública de la bula. Pero una vez publicada la ley del silencio, su violación constituye un delito público y entonces se puede también proceder públicamente con castigos.

Los cardenales que habían sido comisionados para los informes, habían presentado su trabajo a mediados de febrero, sólo Pasionei y Tamburini, que habían redactado juntos un largo memorial, andaban aún retrasados. Por lo que al proyecto del silencio se refería tenían los cardenales un criterio más amplio que el Papa; opinaban que la bula debía ser más una invitación al silencio que una orden; el rey podría luego dar a dicha invitación fuerza de ley. Sobre la discutida obligación de administrar los sacramentos

(1) *Ibid.*, 91 s.



decían que los párrocos no debían permitirse ninguna pregunta de propia autoridad, sino ceñirse en este punto al ritual de la diócesis y regirse en el trato con los enfermos por los mismos principios que con los sanos. Choiseul creía haber ganado para la sentencia benigna al teólogo consejero del Papa, el dominico Ricchini; el cardenal Spinelli aseguró al embajador que según propias palabras de Benedicto XIV, el Papa modificaría el plan de la bula cuatro o cinco veces, hasta que el rey quedase satisfecho. Por carnestolendas quería el Papa decidirse y bosquejar la bula. Así que el proyecto adquiriera forma definitiva habrá ganado el rey, pues el Papa aprecia demasiado su obra para permitir que se vaya al fondo; antes que esto suceda optará por introducir las más trascendentales modificaciones (1).

Después de los carnavales pudo Choiseul en efecto anunciar en seguida que el Papa había terminado su trabajo, el cual, una vez revisado por parte de los cardenales, llegaría a su poder (2). El secreto fué bien guardado a pesar de los quince que estaban en autos (3). Escribía el Papa que a pesar de la edad y de los achaques de gota lo había visto, leído y examinado todo, después había trazado el plan de la constitución, el cual lo comunicó a los cardenales más inteligentes y más moderados (4). Antes de la comunión pascual, decía bromeando al embajador (5), tenían que saldarse las deudas; así espera él tenerlo todo terminado para entonces y añadía que las observaciones que le había hecho el nuncio Gualtieri y las otras que se prometía de los obispos franceses, no serían tenidas en cuenta, pues no había tiempo que perder (6). Traducido al francés, y con una carta adjunta para el rey, lo envió Choiseul todo a París (7). Desistió el Papa de las formalidades de una bula solemne porque hubieran necesitado muchos requisitos para dársele validez en Francia; se contentó con una sencilla encíclica dirigida a los obispos (8).

Pero por más que Benedicto hacía todo lo posible por demos-

(1) Choiseul a Rouillé, 18 de febrero de 1756, *ibid.*, 98 ss.

(2) *Ibid.*, 103.

(3) *Ibid.*, 108, 131.

(4) A Tencin el 10 de marzo de 1756, Heeckeren, II, 484.

(5) el 17 de marzo, *ibid.*, 486.

(6) *Ibid.*, 484.

(7) Carta del 24 de marzo de 1756, *ibid.*, 487.

(8) Crousaz-Crétet, 150.

trar confianza al gobierno francés, con todo tenía sólidos fundamentos para dudar del éxito de sus esfuerzos (1) y los hechos parecían darle la razón. Pasaban semanas tras semanas sin que llegara ninguna respuesta (2). Benedicto perdía la paciencia; mientras a él le tocó trabajar, se le ponía una pistola en el pecho y se le apremiaba; ahora, en cambio, no manifestaba el gobierno ninguna prisa (3). Choiseul trató de calmarlo; instó en París a que se diesen prisa, pues a fines de mayo se iba el Papa al campo y no podría hablarle el embajador más que una vez al mes, por lo que sería imposible rebatir las objeciones de los partidos contrarios (4).

Llegaron entre tanto en aluvión las disertaciones de los obispos que en la asamblea del clero habían constituido la minoría (5). De su memorial leyó Benedicto la primera parte y acto seguido hizo anunciar a Francia que no necesitaban enviar la segunda parte (6). También de la mayoría de la asamblea del clero arribaron diversos escritos, entre ellos uno del cardenal La Rochefoucauld. Pero Choiseul escribió a París (7) que era contraproducente presentarlos, pues de hacerlo pensaría el Papa que se le quería dar doctrina. No había querido aceptar un memorial de la mayoría y decía que todos estos escritos eran inútiles, pues él ya había reflexionado lo suficiente y había tomado sus decisiones; si la contestación del rey llega, resolverá el asunto sin consideración a ninguno de ambos partidos. Había leído algo de los adversarios de La Rochefoucauld y se había persuadido de que serían capaces de atizar aún más el fuego (8). También escribió el Papa a Tencin (9) que los escritos de la minoría habían sido examinados por él así como por Tamburini y Galli. Todos juzga-

(1) Choiseul el 5 de mayo de 1756, Boutry, 136.

(2) \*Continua N. S. le sue serie applicazioni sul grande ed importantissimo affare, ma sempre più dubbioso dell'esito, attesa, come ha detto, la debolezza della Corte, l'ardire del partito e la disunione de' vescovi, i quali di tanto tempo non hanno neppur terminato non che trasmesse le loro informazioni. El secretario de Estado al nuncio Gualteri el 3 de marzo de 1756, Nunziat. di Francia, 442, 519<sup>v</sup>, *Archivo secreto pontificio*.

(3) Sobre las razones de la demora, v. Crousaz-Crétet, 150 ss.

(4) Choiseul el 21 de abril y 3 de mayo de 1756, Boutry, 134, 136 ss.

(5) El mismo el 5 de mayo, *ibid.*, 136 ss.

(6) El mismo el 7 de abril, *ibid.*, 128 ss.

(7) el 12 de mayo de 1756, *ibid.*, 141.

(8) Choiseul el 19 de mayo de 1756, *ibid.*, 143, 145, 153.

(9) el 12 de mayo, Heeckeren, II, 498.



ron unánimemente que en ello se habían sobrepasado los límites de un saludable rigor, que sus afirmaciones eran insostenibles teológicamente desde el punto de vista del derecho canónico y que de ponerlos en práctica pondrían al país sobre ascuas.

En la noche del 23 de mayo llegó el correo con la contestación de Luis XV (1). En el memorial adjunto se hacían objeciones a tres puntos de la minuta enviada por el Papa. No se debía calificar la desobediencia como pecado grave, así opinaban en París, porque los obispos no se habían servido de esta expresión. No se debía exigir sumisión de «alma y corazón» a la bula, pues esto significaba elevarla a artículo de fe. Por último, hasta entonces en Francia sólo se había hablado de denegación de la comunión a los enfermos graves; la minuta empero incluye también la denegación a los sanos; lo que podría originar nuevas discusiones (2). Además se deseaba que el Papa no aludiera a los apelantes, sino que a apelantes y reapelantes, si es que aun quedaba alguno, se les dejase vivir y morir en su oscuridad, pues ya habían pasado de moda. Tampoco debía hablarse de los escritos contra la bula, pues sus autores no mencionaban sus nombres (3). El Papa contestó a Choiseul que no podía resolver en seguida; hizo circular el memorial del rey entre los cardenales Spinelli, Landi, Tamburini, Galli y Valenti, y aseguró a Choiseul de su buena voluntad y deseo de corresponder en lo posible a los anhelos del rey, pero que no saldría de su pluma nada que pudiera algún día interpretarse en perjuicio del prestigio pontificio (4). El no impedía que los franceses se expresaran en francés y no en italiano, pero tampoco debía exigírsele a él que hablara francés en lugar de italiano (5).

Aun durante su estancia en el campo de Frascati trabajó el Papa afanosamente por contentar a la corte francesa. Allí se hubiera visto mejor una circular de los obispos franceses que una bula, y Benedicto convino en ello. Las modificaciones propuestas fueron atendidas en su totalidad. En aras de la paz sacrificó Benedicto decir en la encíclica una sola palabra sobre los ultrajes

(1) del 14 de mayo, *ibid.*, 150, nota.

(2) Benedicto a Tencin el 2 de junio de 1756, *ibid.*, 504; Boutry, 154, nota.

(3) ... afin de ne pas en rendre le goût qui commençait à passer et jugeant préférable de laisser les appellants et réappellants, s'il en reste encore quelques-uns, vivre et mourir dans leur obscurité. Butry, 155, nota.

(4) *Ibid.*, 148; a Tencin el 23 de junio de 1756, Heeckeren, II, 509.

(5) A Tencin el 26 de mayo de 1756, *ibid.*, 502; Boutry, 154.

que los obispos franceses habían sufrido del Parlamento, y de los derechos episcopales se hablaba sólo en un breve especial dirigido al rey. Según la costumbre, debía haberse impreso la carta encíclica en Roma, pero por especial consideración al rey fué permitida su publicación en la prensa de París; si el breve debía hacerse del dominio público o no, se dejó al criterio de Luis XV (1). Como todos los deseos de la corte estaban colmados, creía Benedicto que no era necesario enviar de nuevo a París el bosquejo de la encíclica; se avino a ello, sin embargo, ante las insistencias de Choiseul (2).

En una carta adjunta (3) para el rey declaraba el Papa que le había sido imposible ir más lejos; muchos esfuerzos le había costado ya llevar a los cardenales hasta tal extremo. Pide que se lleve a la práctica la encíclica, pues sin el apoyo de la autoridad real no tendría ninguna eficacia. Asimismo le ruega que haga cumplir el breve, de lo contrario quedaría sojuzgada la potestad eclesiástica en la administración de los sacramentos y nunca llegarían a estar de acuerdo el poder eclesiástico y el civil. Los obispos no podían renunciar jamás al poder que habían recibido de Dios en orden a la dirección y salvación de las almas.

De nuevo pasaron más de dos meses hasta que París dió una respuesta. A fin de agosto dió Benedicto serias muestras de descontento diciendo que cuando él llevaba el peso del trabajo se le apremiaba apelando al bien de la religión y del reino, pero ahora se tomaban más tiempo para responder que el que fué necesario en Roma para examinar y redactar todo el borrador. Lo cual le hacía ver que la corte no quería llegar a un fin y que era completamente vana la esperanza de ser restablecida la paz antes de su muerte (4).

Choiseul recomendaba prisa en París y esto tanto más cuanto que el secretario de Estado, Valenti, había fallecido (5), y el embajador no esperaba nada bueno de su sucesor, Archinto, si éste se ponía al corriente en el asunto. El Papa no se decidió, sin embargo, a aplazar por quince días el nombramiento de

(1) A Tencin el 30 de junio de 1756, Heeckeren, II, 510.

(2) Choiseul el 7 de julio, Boutry, 158.

(3) del 18 de julio, *ibid.*, 163, nota.

(4) Choiseul el 31 de agosto de 1756, Boutry, 170 s.

(5) el 28 de agosto de 1756, Heeckeren, II, 528.



Archinto hasta la probable llegada de la respuesta real, aunque sí accedió a que el embajador pudiera también en lo futuro tratar los asuntos inmediatamente con el Papa (1). Por lo demás estaba Benedicto plenamente satisfecho del embajador; le dijo como cortesía que cuando Choiseul regresara a Francia tendría el Papa allí dos nuncios (2).

El 23 de septiembre devolvieron por fin de París la encíclica (3), pero el Papa no encontró nada consolador en las observaciones de la corte, a excepción de un solo punto, el que concedía al embajador plenos poderes para resolver definitivamente sin nuevas consultas al rey. Prescindiendo de algunas menudencias fáciles de eliminar, quedaba todavía un poderoso obstáculo: el notorio jansenismo, en atención al cual se negaban los últimos sacramentos, tendría lugar, según quería el rey, sólo en el caso en que se confirmara por sentencia judicial o por propia confesión del enfermo; toda notoriedad, deducida del proceder anterior del enfermo, no podía ser tenida en consideración, porque entonces quedarían abiertas todas las puertas a la arbitrariedad de los párrocos. Contra esto repuso y recalcó el Papa (4) que la notoriedad deducida de una conducta clara y evidente, era admitida y reconocida por todo el mundo, incluso por los obispos de la última asamblea del clero; él no podía desamparar a los obispos, y la exacta definición de la notoriedad fundada en hechos reales, dada en su encíclica, excluía los abusos (5). Por fin tuvo Choiseul que darse por satisfecho con que Benedicto suavizara algunos extremos sólo en la expresión (6).

Antes de llegar a una conclusión definitiva hubo todavía muchas y enojosas dificultades que vencer. El Papa quería deliberar con los cardenales sobre sus concesiones, pero de los consejeros sólo Landi y Galli se encontraban en Roma (7). Después vino de Francia, en la época más importuna, otra nueva dificultad.

(1) Boutry, 174.

(2) Choiseul el 29 de septiembre de 1756, *ibid.*, 176; Benedicto XIV a Tencin el 11 de agosto de 1756, Heeckeren, II, 520.

(3) Boutry, 176.

(4) A Tencin el 29 de septiembre de 1756, Heeckeren, II, 531.

(5) *Ibid.* Cf. a Tencin el 20 de octubre y 3 de noviembre de 1756, *ibid.*, 536, 538.

(6) Choiseul el 9 y 17 de octubre de 1756, Boutry, 182, 184.

(7) A Tencin el 6 de octubre de 1756, Heeckeren, II, 533.

El 19 de septiembre el desterrado arzobispo de París había subido al púlpito en Conflans y leído una carta pastoral, la cual repartió después de haberla hecho imprimir clandestinamente (1). En la introducción se dirigía Beaumont contra la falsa condescendencia que con el pretexto del amor a la paz cede algo en doctrinas de fe. El amor a la paz, el temor de exasperar, la esperanza de tiempos más dichosos y el pensamiento de que un pastor de almas tiene el deber de agotar todos los medios de suavidad y moderación, habían reducido a los obispos al silencio. Pero cuando él tiene ahora que ver cómo la iglesia se queda desierta y los santuarios son profanados, cómo los sacramentos quedaban a merced de la autoridad de los tribunales civiles, despreciadas las resoluciones dogmáticas, desterrados los sacerdotes, encarcelados y tratados ignominiosamente, le hacía temblar el silencio mantenido. Por ello prohibió leer o retener ciertos decretos del Parlamento. Quien para recibir los sacramentos apelare personalmente a la intervención del juez civil, o bien aconsejare tal apelación o a ella contribuir, queda sin más excomulgado, así como todo funcionario o juez que se entrometiere de oficio en la administración de sacramentos. Está prohibido a los sacerdotes administrar los sacramentos a requerimiento oficial (2). No pocos obispos se declararon públicamente conformes con Beaumont (3).

Al gobierno francés le vino muy bien el documento del arzobispo. En seguida escribió Rouillé a Choiseul (4), que debía dar al Papa exacta cuenta del incidente y aprovecharlo para lograr las modificaciones anheladas en la encíclica; difícilmente encontraría el embajador mejor ocasión para rendir un importante servicio a la Iglesia y al Estado. El secretario de Estado Archinto, desaprobó con toda decisión el paso dado por el arzobispo y dijo a Choiseul que también el Papa lo censuraría de ser un obstáculo para la paz que se quería restablecer y lo tildaría de irrespetuoso para con el rey y para con el mismo Papa. En efecto, Benedicto XIV no ocultó el asombro que le causó la carta pastoral, pues

(1) Régault, 1878, II, 833; Fleury, LXXVII, 703 s.

(2) Régault, loco cit., 834-836; Fleury, loco cit., 704.

(3) en el plazo del 29 de octubre al 5 de diciembre los obispos de Saint-Pons, Troyes, Metz, Amiens, Auxerre, Tours, Chartres, Meaux, Saint-Paul-Trois-Châteaux. Régault, loco cit., 841.

(4) el 26 de septiembre, Boutry, 179, nota.



tenía a Beaumont por hombre prudente (1). Con todo, por este motivo no menguó la estimación que profesaba al arzobispo; calificó la carta con que Beaumont le envió su pastoral de «hermoso» documento, al que contestó correspondiendo al deseo del rey con una exhortación a la paz (2).

Archinto pudo entonces escribir a Gualtieri (3) que el Papa había hecho ya lo que de su parte estaba; ahora tocaba al rey, conforme a sus repetidas promesas, interponer con perseverancia su autoridad para el mantenimiento de la religión y tranquilidad del reino.

Después que Choiseul envió a París la encíclica del Papa, había terminado también la misión del embajador en Roma. Pensaba éste en su viaje de regreso cuando el 18 de noviembre sintióse el Papa atacado de grave enfermedad que le llevó a las puertas de la muerte (4). El 21 de noviembre recibió Benedicto los últimos sacramentos y el 14 de diciembre firmó la profesión de fe que los Papas solían firmar antes de su muerte (5). Fueron tomadas las disposiciones para el entierro y dióse orden de hacer los preparativos del conclave (6). Aun en el lecho de muerte seguía Benedicto preocupándose de los asuntos franceses y preguntaba si todavía no había llegado ningún correo con noticias sobre su encíclica (7). Contra la creencia de los médicos se repuso de nuevo. A fines del año habló el Papa a los cardenales en el consistorio de su restablecimiento y dió conocimiento de su encíclica y del anejo breve (8). El 3 de enero de 1757 informó nuevamente de pasos dados por Luis XV frente al Parlamento (9).

(1) Choiseul el 6 de octubre de 1756, *ibid.*, 179 s. En una carta del 10 de octubre ruega Benedicto al rey, de continuer d'user de son héroique moderation à l'égard du pauvre archevêque de Paris... sur ce qu'il n'a pas fait, dans l'embarras où il se trouvait, toutes les réflexions qu'il aurait dû faire (*ibid.*, 182, nota; Heeckeren, II, 534, nota). El Papa notifica a Tencin el 13 de octubre (*ibid.*, 534), que en la carta al rey ha prescindido del fond du mandement [del arzobispo] qui nous a paru juste, y de ello se había originado que Beaumont había faltado a su promesa para con el rey.

(2) Heeckeren, II, 540. La carta se ha perdido. Boutry, 189.

(3) \*el 20 de octubre de 1756, Nunziat. di Francia, 442, 544v, *Archivio segreto pontificio*.

(4) Choiseul el 20 de noviembre de 1756, Boutry, 194.

(5) Choiseul, *ibid.*, posdata, y el 15 de diciembre, Boutry, 194.

(6) El mismo el 22 de diciembre, *ibid.*, 201.

(7) *Ibid.*, 199, 202, 204.

(8) Fleury, LXXVII, 726 ss.

(9) \*Diede parte al s. Collegio delle risoluzioni prese dal Re di Francia

Los dos documentos habían llegado entre tanto a París. La encíclica (1), de la cual únicamente hablaban en público, va dirigida a los miembros de la asamblea del clero, cuyas representaciones habían acarreado la decisión pontificia. Se habían evitado las expresiones por las cuales el gobierno se había visto embarazado por causa del Parlamento. De esta forma no era designada expresamente la bula Unigenitus como norma de fe, ni su recusación como «pecado grave», y no se exigía que la sumisión a ella hubiera de hacerse de «alma y corazón». Pero todo ello quedaba dicho con expresiones sinónimas. Tan grande es en la Iglesia, dice, la autoridad de aquella bula y exige en todas partes tan sincera veneración, deferencias y obediencia, que ninguno de los creyentes puede sustraerse a la sumisión debida u oponerse a ella de alguna manera, sin peligro de la salvación eterna (2). Quien por tanto pública y notoriamente se alza contra la bula y por sentencia de juez, confesión propia o por su conducta, aparece reo de tal rebeldía, no puede recibir la comunión; por el contrario, no es lícito excluir a nadie por rumores, conjeturas o motivos análogos. Por tanto no deben en general negarse los últimos sacramentos a quien los solicite, si no ha sido excluido de la comunión pascual; si existen fundadas sospechas contra él, debe el párroco hablarle a solas y declararle lo que está a punto de hacer. Si insiste en pedir los sacramentos debe dejársele a su propia conciencia.

La misión de Choiseul había terminado, el 25 de marzo de 1757 dirigió al Papa su carta de despedida (3).

col suo Parlamento con un discorso proprio e bello et all'improvviso, che poi nell'istesso giorno volle dettare ad istanza del marchese di Stainville ambasciatore di Francia per mandarlo al Re, e ciò fu cagione che nella notte fu nuovamente attaccato dalla febre e dal male d'orina e ridotto a cattivi termini. Per altro la dichiarazione del Re accennata, della quale fu fatta tanta pompa, non era punto favorevole alla Chiesa; e così ne giudicavano prudentemente quelli che erano bene intesi dei costumi di Francia, et è certo che il Papa fu sorpreso e circonvenuto dal marchese di Stainville ambasciatore di Francia. Merenda, Memorie, 162v, *Biblioteca Angelica de Roma*.

(1) del 16 de octubre de 1756, Fleury, LXXVII, 706-716; Roskovány, III, 199-203. El bien informado Merenda escribe: \*Questo Breve o lettera fu opera del card. Spinelli, studiato e consultato in Palestrina con alcuni teologi e particolarmente col Castegnasco, Min. obs., loco cit.

(2) Fleury, LXXVII, 709.

(3) Boutry, 217.